



JUNIO 2024
Nº179

Adoradores

**Revista de espiritualidad, información
y promoción Eucarística.**



Un deber soberano, servir a Dios:

De esta vida tan ocupada, agitada y penosa, ¿qué me quedará en la hora de la muerte?... Pag 8 y 9



El estado de Gracia:

¡Qué verdad más triste para el hombre que se encuentra en pecado mortal! Su vida es inútil para el cielo.... Pag 14 y 15



El Sagrado Corazón de Jesús y la eucaristía:

La devoción a la eucaristía ocupa un puesto preeminente dentro de la devoción al Sagrado Corazón. Pags 16 a 18



Casa de Dios y Puerta del Cielo

El Corazón de Jesús es la máxima cercanía de Dios con relación a los corazones humanos y a la historia humana.

Mira la infinita Majestad de Dios que se oculta en el Corazón humano del Hijo de María. Este Corazón es nuestra Alianza.

En la Santísima Eucaristía descubrimos con el “sentido de la fe” el mismo Corazón, el Corazón de Majestad infinita, que continúa latiendo con el amor humano de Cristo, Dios-Hombre.

¡Cuán profundamente sintió este amor el Santo Papa Pío XI! ¡Cuánto deseó que todos los cristianos, desde los años de la infancia, se acercasen a la Eucaristía, recibiendo la santa comunión, para que se unieran a este Corazón que es, al mismo tiempo, para cada uno de los hombres “Casa de Dios y Puerta del Cielo”!

“Casa”: mediante la comunión eucarística el Corazón de Jesús extiende su morada a cada uno de los corazones humanos.

“Puerta”, porque en cada uno de estos corazones humanos Él abre la perspectiva de la eterna unión con la Santísima Trinidad.

En este mundo Cristo es Rey de los corazones. Nunca quiso ser soberano temporal, ni siquiera sobre el trono de David.

Sólo deseó ese reino que no es de este mundo y que, al mismo tiempo, en este mundo se arraiga por medio de la verdad en los corazones humanos: en el hombre interior.



Por este Reino anunció el Evangelio e hizo grandes signos. Por este reino, el reino de los hijos adoptivos de Dios, dio Su vida en la Cruz.

Y confirmó de nuevo este Reino con su Resurrección, dando el Espíritu Santo a los Apóstoles y a los hombres en la Iglesia.

De este modo Jesucristo es el Rey y centro de todos los corazones. Reunidos en Él por medio de la verdad, nos acercamos a la unión del reino, donde Dios “enjuagará toda lágrima” (Ap 7, 17), porque será “todo en todos” (I Co 15, 28). (San Juan Pablo II/ Adaptación)



Al iniciar la adoración

Esquema para una hora de adoración:

- 15 minutos iniciales de todas las semanas: Pp. 4 y 5
- 30 minutos de meditación: 1. Pp. 8-9; 2. Pp. 10-11;
3. Pp. 12-13; y 4. Pp. 14-15
- 15 minutos finales de todas las semanas: Pp. 6 y 7



Comencemos entrando en su presencia y adorando.

No te olvides: Jesús en la Eucaristía no es un “pan bendecido”; su presencia no depende de nuestra fe y no es una presencia simbólica, sino real y substancial.

Por lo tanto, a Dios Hijo encarnado y presente en el santo sacramento del altar, dirigimos nuestros actos de adoración:

Vengo, Jesús mío, a visitarte y a gozar de tu presencia.

Te adoro en el sacramento de tu amor.

Te ofrezco principalmente las adoraciones de tu santa Madre, de san Juan, tu discípulo amado y de las almas más enamoradas de la Eucaristía.

Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo. (Reflexionemos cinco minutos).

Delante de Jesús Eucaristía, vivimos nuestra fe.

No te olvides: “Tener fe es creer en lo que no se ve”. No vemos a Jesús visible,



pero creemos, por la fe de la Iglesia, que Jesús está en la Eucaristía con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Reafirmemos nuestra fe diciendo:

Creo, Jesús mío, que eres el Hijo de Dios vivo que has venido a salvarnos.

Creo que estás presente en el augusto sacramento del altar.

Creo que has de permanecer con nosotros hasta que se acabe el mundo.

Creo que bendices y que atiendes los ruegos de tus adoradores. (Reflexionemos cinco minutos.)

La esperanza y el amor brotan de la fe

La esperanza cristiana se funda en la posibilidad de ir al Cielo, es decir, a la comunión de vida y de amor con las Tres Personas de la Trinidad, por la eternidad. Jesucristo fue quien, con su sacrificio en cruz, nos abrió las puertas del Cielo, nos dio la esperanza de la vida eterna, haciendo aparecer en el horizonte de nuestra existencia la posibilidad de la eternidad. La Eucaristía es un signo visible de esa esperanza porque el Dios, que dio la vida por nosotros en la cruz para llevarnos al Cielo, está en la hostia consagrada, alimentando nuestra esperanza, concediéndonos fuerzas y ánimo para llegar a la perfección de la vida cristiana, la salvación eterna. (Reflexionemos cinco minutos.)

Actos de contrición

No te olvides: la contrición del corazón es el acto de arrepentimiento perfecto, porque es salvífico.

Delante de Jesús Eucaristía hacemos actos de contrición:

¡Jesús mío, misericordia!

Jesús mío, te pido perdón por los muchos pecados que he cometido durante mi vida.

Por los de mi niñez y adolescencia.

Por los de mi juventud.

Por los de mi edad adulta.

Por los que conozco y no conozco.

Madre mía, intercede por mí ante tu divino Hijo Jesús.

¡Dulce Corazón de María, sé mi salvación!

Imploramos al Dios de la Eucaristía

Señor, que tu Reino venga a nosotros, que tu misericordia se derrame como un océano de amor infinito, como la luz brillante que esparce el sol en cenit sobre las almas de todos los hombres de todos los tiempos. Te suplicamos, Jesús Eucaristía, que tengas piedad y misericordia de nosotros, de nuestros seres queridos y de toda la humanidad, y danos la garantía de que somos escuchados en tu presencia eucarística, y alcánzanos el don de tu madre, la Virgen María, que sea como madre nuestra. A ella, Nuestra Señora de la Eucaristía, le pedimos que te alcance nuestros ruegos y los guarde en tu corazón.



Al culminar la adoración

Actos de amor

“Después de la meditación, nuestra alma se enciende con los mismos sentimientos de Cristo, cuyo Sagrado Corazón Eucarístico es horno ardiente de caridad y nos permite hacer actos de amor:

Te amo, Jesús mío, como a nadie.

Porque Tú me has amado infinitamente.

Porque Tú me has amado desde la eternidad.

Porque Tú has muerto para salvarme.

Porque Tú me has hecho participante de tu divinidad y quieres que lo sea de tu gloria.

Porque Tú te entregas del todo a mí en la comunión.

Porque Tú estás siempre por mi amor en la Santa Eucaristía.

Porque Tú eres mi mayor amigo.

Porque Tú me llenas de tus dones.

Porque Tú me has enseñado que Dios es Padre que me ama mucho.

Porque Tú me has dado por madre a tu misma Madre.

¡Dulce Corazón de Jesús, haz que te ame cada día más y más!

Te amo y te digo con aquel tu siervo:

¡Oh Jesús, yo me entrego a Ti para unirme al amor eterno, inmenso e infinito que tienes a tu Padre celestial!

¡Oh Padre adorable! Te ofrezco el amor eterno, inmenso e infinito de tu amado Hijo Jesús, como mío que es.

Te amo cuando tu Hijo te ama”. (S. Juan Eudes).

Damos gracias a Dios por sus inmensos dones para nosotros, que comien-

zan con la creación de nuestro ser, continúan luego con el don de la adopción filial y siguen con el “don inestimable” de su Hijo en la Eucaristía. Por todo esto, agradecemos a Dios también por lo que es él en sí mismo, Bondad, Misericordia y Amor infinitos, atributos todos que resplandecen en su presencia sacramental.

Actos de gratitud

Oh Jesús, te doy rendidas gracias por los beneficios que me has dado. Padre Celestial, te los agradezco por tu Santísimo Hijo Jesús. Espíritu Santo que me inspiras estos sentimientos, a ti sea dado todo honor y toda gloria.

Jesús mío, te doy gracias sobre todo por haberme redimido.

Por haberme hecho cristiano mediante el Bautismo, cuyas promesas renuevo.

Por haberme dado por madre a tu misma Madre.

Por haberme dado por protector a san José, tu padre adoptivo.

Por haberme dado al ángel de mi guarda.

Por haberme conservado hasta ahora la vida para hacer penitencia.

Por tener estos deseos de amarte y de vivir y morir en tu gracia.



Oración final

Jesús mío, dame tu bendición antes de salir, y que el recuerdo de esta visita que acabo de hacerte, persevere en mi memoria y me anime a amarte más y más. Haz que cuando vuelva a visitarte, vuelva más santo. Aquí te dejo mi corazón para que te adore constantemente y lo hagas más agradable a tus divinos ojos. Adiós, adiós, Jesús mío.

Virgine

A



Servir a Dios

Continuamos con las reflexiones de San Pedro Julián Eymard.

Al crearme Dios me dio este gran precepto: “Honrarás a tu Dios y a Él solo servirás, pues en esto consiste todo el hombre”. (Mt 22, 37). Servir a Dios por amor, tal es mi grande y único fin en la tierra. ¿Cuáles son los deberes de este divino servicio? Se reducen a tres.

Un deber de todo mi ser

El primer deber consiste en rendir a Dios el homenaje de todo mi ser, de toda mi mente, de todo mi corazón, de toda mi voluntad, de todos mis sentidos. Nada debe haber en mí que no le honre y glorifique como creador, salvador y último fin: que, si no hago esto, seré como tierra estéril o hijo ingrato, pues Dios no me ha creado más que para sí: “Res fructificat Domino, Todos los frutos son para el dueño”. Por lo que Dios debe ser la soberana ley de todos mis pensamientos, afectos y actos.

¿He vivido sólo para Dios? ¿Se han referido a Él todas las acciones y todos los afectos?

¡Desdichado de mí! Si contara todos los pensamientos malos o indiferentes que han ocupado mi mente, todos los afectos humanos, terrestres y hasta malos que han llenado mi corazón, todas las acciones hechas sin relación alguna a Dios, sin pureza de intención, por motivos

puramente naturales cuando no malos, ¿qué quedaría en mi vida en orden al servicio de Dios? ¿Cuántos años y aun cuántos días pasados en su servicio podría contar?

De esta vida tan ocupada, agitada y penosa, ¿qué me quedará en la hora de la muerte? Quizá me diga Dios: No has sido más que un siervo inútil e infiel; no has servido más que a mi enemigo, al mundo y al demonio.

Un deber soberano

El servicio de Dios es un deber soberano, es decir, que debe subordinarse cualquier otro deber natural o civil; y si el hombre me propusiera un servicio contrario u opuesto al de Dios, me exigiría un crimen de lesa majestad, convirtiéndose desde aquel momento en mi más cruel enemigo.

San Pedro no respondió a las prohibiciones y amenazas de los príncipes de los sacerdotes más que con estas palabras: “Antes debe obedecerse a Dios que a los hombres”. (Hech 5, 29). ¿Cuál ha sido mi conducta en este punto? ¿Cuántas veces he obedecido a los hombres antes que a Dios! ¿Cuántas veces, por flaqueza, temor a los hombres y respetos humanos, he violado la ley de Dios, he sido infiel, me he avergonzado de mi supremo Señor, de Dios! ¿Qué haré en adelante?



Un deber imperioso y decisivo

El deber del servicio es, además, imperioso y decisivo. No es cosa dejada a mi libertad el escogerme a un amo, ni el darme una ley y un fin distintos de los que Dios me tiene dados. Estoy obligado a servirle si quiero de veras ser feliz en este mundo y en el otro: “Pax multa diligentibus legem tuam, abundancia de paz es la herencia de los que aman vuestra ley” (Sal 118, 165). “Si quieres entrar en la vida eterna, observa los mandamientos, dice Jesús”. (Mt 19, 17).

Venturosa necesidad la que me obliga a servir a un Dios tan bueno, amable y magnífico en sus recompensas.

¡Pero hay de mí si sirvo al mundo con preferencia a Dios! En este mundo seré el más desdichado y criminal de los hombres, y para el otro tendré bien merecida la suerte de aquel siervo ingrato e infiel, arrojado por la divina justicia a las tinieblas exteriores, lugar de eterno llorar y rechinar de dientes. ¿Qué haré, pues? Servir a Dios; adorarle en espíritu y en verdad; amarle de todo corazón; ser todo para Él y nada más que para Él.

“...Dios no me ha creado más que para sí: “*Res fructificat Domino.*” (Todos los frutos son para el dueño). Por lo que Dios debe ser la soberana ley de todos mis pensamientos, afectos y actos.”



“Conocerme a mí mismo tal y como soy, he ahí mi primera virtud cristiana y el primer paso hacia Dios.”

Conocerse a sí mismo

Invitación a descubrir quienes somos para ir hacia Dios.

Conocer a Dios, a Jesucristo, mi Salvador; conocer su verdad, su vida, su amor, he ahí mi primera ciencia. Conocerme a mí mismo tal y como soy, he ahí mi primera virtud cristiana y el primer paso hacia Dios.

¿Quién soy yo?

1.º Por mí mismo nada. La nada, tal es mi origen. Y como la nada no merece estima ni amor, tampoco los merezco yo. ¿Qué cosa tienes tú que no



hayas recibido de Dios? “Y si todo lo que tienes lo has recibido, ¿de qué te jactas como si no lo hubieses recibido?” (1Co 4, 7).

2.º Por mí mismo no puedo nada en el orden espiritual. Jesucristo dijo: “Sin mí nada pueden” (Jn15, 5). Con mis propias fuerzas no puedo tener un solo pensamiento sobrenatural, ni siquiera pronunciar con fruto el santo nombre de Jesús. He ahí mi poder negativo.

3.º Hay, sin embargo, una cosa que puedo por mí mismo, una cosa espantosa y abominable: puedo pecar, ofender a Dios, violar su ley, crucificarle en mi corazón, perseguirle, destruir su reinado en los demás. Puedo, en una palabra, condenarme a pesar de Dios y de su gracia, a pesar de su amor y de su redención. ¡Poder espantoso en verdad! Esto es lo que soy y lo que puedo. ¿Hay acaso motivo de engañarme, de tenerme en algo?

¿En qué estado me encuentro?

El fondo de mi ser es lo que hemos visto. Veamos ahora en qué estado me encuentro.

1.º ¿Cuál es la naturaleza de mi cuerpo? ¿Es perfecto o deforme, distinguido o no, sano o enfermo? ¿No llevo en mí aquella garantía de la muerte que da comienzo al movimiento de inclinación del árbol que cae? ¿Qué falta todavía a la santificación de mi cuerpo, a esa vida de Jesús en mis miembros?

2.º ¿Cuál es mi carácter? ¿Es vivo o lento, tenaz o débil, atrevido o tímido? ¿Vivo por la inteligencia o con el corazón? ¿Qué es lo que en mí domina? ¿Será el ansia de reputación, de la esti-

ma de los hombres; de la gloria, de la ciencia? ¿O bien el apetito desordenado de los bienes de este mundo, de alguna criatura? ¿O quizá la propensión a la comodidad, al bienestar, al confort, a la independencia?

3.º ¿Cuál es la pasión dominante de mi vida? ¿Qué idea viene a ser la inspiradora habitual de mis pensamientos y deseos? ¿Cuál es el centro de mis afectos, sobre qué suelen ser las tentaciones? ¿A qué son debidos ordinariamente las infidelidades en punto a mis deberes y los pecados diarios? ¿Qué es lo que me entristece o me pone contento, cuál es el objeto de mis antipatías o simpatías?

4.º ¿Cuáles son mis costumbres religiosas? ¿Qué oraciones hago diariamente? ¿A qué devociones particulares me doy? ¿Cuál es el tema ordinario de meditación y qué método empleo en ella? ¿Qué es lo que domina en la meditación, las reflexiones o los afectos? ¿En qué estado me encuentro habitualmente respecto de la oración? ¿Qué objeto me propongo en ella o qué fruto saco? ¿Cuáles son mis resoluciones ordinarias? ¿Soy fiel a las mismas? ¿Hago fielmente el examen de conciencia, el examen particular? ¿Con qué frecuencia me confieso o comulgo? ¿Con qué método lo hago?

5.º ¿Siento algún atractivo de la gracia? ¿Cuál? ¿Cuál es mi especial devoción? ¿Tengo mucha devoción al santísimo Sacramento, a la Virgen santísima?

6.º ¿Se encuentra en paz mi alma? ¿Estoy contento de Dios y lo está Él de mí? “*Pax hominibus bonae voluntatis*” (paz a los hombres de buena voluntad).



El estado de gracia

El autor nos propone vivir en caridad para evitar caer en pecado mortal.

La primera condición para salvarse, así como la primera cualidad del cristiano, es el estado de gracia.

Las obras estériles

Si no se tiene este estado todas las obras resultan estériles para el cielo, ni serán nunca recompensadas, ni escritas en el libro de la vida; no pasan de obras moralmente buenas, cuyo galardón se recibe en este mundo. De ellas dijo san Pablo: “Cuando yo hablara todas las lenguas de los hombres y el lenguaje de los ángeles mismos, vengo a ser como un metal que suena o campana que retiñe si no tuviere caridad” (1Co 13, 1) o estado de gracia.

Cuando fuera profeta, penetrara todos los misterios, poseyera todas las ciencias o tuviera fe como para transportar montes, no sería nada sin tener el estado de gracia divina. Aun cuando distribuyera todos mis bienes a los hombres y entregara mi cuerpo a las llamas, todo eso de nada me serviría como no estuviese en estado de gracia.

Tal es la ley y la primera regla para salvarse. ¡Qué verdad más triste para el hombre que se encuentra en pecado

mortal! ¡Su vida es inútil para el cielo, no tiene más que apariencias de vida!

“Escribe al ángel de la Iglesia de Sardes, dice Jesucristo: Yo conozco tus obras; dicen que vives pero estás muerto”. Y al ángel de la Iglesia de Laodicea: “Dices: Yo soy rico y hacendado y de nada tengo falta; y no conoces que eres un desdichado, y miserable y pobre y ciego y desnudo” (Ap 3, 1. 17).

¿No es eso lo que desgraciadamente he sido al tener la desdicha de caer en estado de pecado? ¡Que pérdida irreparable para mí! He sembrado vientos de orgullo y amor propio: ¿Qué me queda delante de Dios? ¡Ay!, tempestades..., o mejor, tan sólo la misericordia de Dios.

Falsa virtud

Sin el estado de gracia no puede haber verdadera virtud, sin esta condición le falta la vida y no es más que cadáver de virtud; privada está de la vida espiritual, no la embellece el amor de Dios ni será coronada en el cielo. “*Magni Passus sed extra viam*” (pasos grandes; pero dados fuera del camino), decía san Agustín de las virtudes de los romanos.

¿Qué resulta una virtud? Pues la vida de Jesucristo en nosotros, el triunfo de la gracia y de nuestro amor sobre nuestra concupiscencia.

Al paso que el estado de pecado mortal es el triunfo de la concupiscencia sobre la virtud, del amor de sí mismo sobre el amor soberano de Dios, del hombre viejo sobre el hombre nuevo.

El hombre viejo es naturalmente orgulloso, sensual y ambicioso. Sólo Jesucristo puede volver castos, humildes y generosos a los hombres.



No hay amor sobrenatural

Sin el estado de gracia no puede haber amor sobrenatural de Dios, dado que el pecado mortal combate directamente la ley divina, la pisotea y desprecia la justicia y la bondad de Dios. El pecador crucifica a Jesucristo en su corazón y en su cuerpo.

Ni se puede llamar buen servidor a un rebelde, enemigo, traidor y asesino.

No hay paz ni felicidad

No cabe paz ni felicidad, ni en este mundo ni en el otro, sin el estado de gracia. El pecado es un veneno, un crimen de lesa majestad, que lleva consigo la sentencia de condenación y padece su suplicio desde este mundo ¡Oh! ¡Qué desdichado se es lejos de Dios, bajo la tiranía del demonio y de las pasiones! ¡Qué esclavitud más dura!

¿Qué otra cosa que castigo eterno del pecado mortal es el infierno? Debo, pues, aborrecer en extremo el pecado, combatiendo con todas mis fuerzas; antes morir que cometerlo.

De ahí se sigue que el estado de gracia es el mayor bien, puesto que fecunda eternamente la vida y me colma de bienes dándome una corona de gloria haciéndome ciudadano del cielo, miembro de Jesucristo, otro Jesucristo.

“Cuando yo hablara todas las lenguas de los hombres y el lenguaje de los ángeles mismos, vengo a ser como un metal que suena o campana que retiñe si no tuviere caridad’ (1Co 13, 1) o estado de gracia.”



Vida sobrenatural



Invitación a vivir en Dios trabajando para Él con la ayuda de su gracia.

Hay tres vidas en el hombre: la de los sentidos, que es vida animal; la vida de la razón, que tiene por fin el honor y la sabiduría de la tierra, y la de la fe, que es la vida sobrenatural. Pero ¿en qué consiste esta vida sobrenatural?

Procede de Dios

La vida sobrenatural procede de Dios, de su gracia, y no de la naturaleza; nace de la gracia santificante que nos pone en estado de caridad y de vida delante de Dios. La gracia santificante es la que justifica nuestra alma culpa-

“¿A dónde se dirigen mis pensamientos y deseos y en qué halla gusto mi corazón? ¿Dónde está tu tesoro...”



ble, cuando se humilla y arrepiente. La cual está a disposición de todas las almas; es la gracia de la contrición y del sacramento de la Penitencia, que quienquiera puede apropiarse por recepción real o con deseo.

¡Qué bueno es Dios! ¡Me ha puesto entre manos la gracia del perdón!

Por medio de los sacramentales puedo alcanzar inmediatamente la remisión de los pecados veniales, y con una contrición perfecta, la de los mismos mortales.

De suerte que siempre puedo hallarme en estado de gracia, y realizar así la primera condición de la vida sobrenatural, obrando y mereciendo para la vida eterna.

¿Cómo es posible que con tan excelentes medios de salvación permanezca en estado de pecado? ¡Cuán ingrato y culpable sería si lo estuviera!

Se trabaja para Dios

En la vida sobrenatural se trabaja para Dios. El estado de gracia me hace hijo suyo y ciudadano del cielo; pero no basta esto para merecer sobrenaturalmente, sino que es menester trabajar para Dios con intención pura, proponiéndome por fin a Dios, su ley, su santa voluntad, su gloria o algún otro motivo de fe.

Esta intención sobrenatural, ya que no actual, debe cuando menos ser habitual. Cuanto más pura y perfecta sea, tanto más meritoria será ante Dios, por pequeña y ruin

que aparezca a los ojos de los hombres o lo sea en sí misma.

¡Cuántas acciones he perdido! ¡ay! ¡por mi culpa! Con un pensamiento más hubieran podido ser divinas, y no pasaron de humanas.

Y comoquiera que la vida vale en proporción del carácter sobrenatural que la informa, ¡cuán poco he vivido!

Vivir en Dios

La perfección de la vida sobrenatural consiste en vivir en Dios. El hombre necesita un centro de vida donde descanse, se fortalezca, se alegre y se anime para las mayores empresas.

El hombre entregado a los sentidos vive de sensaciones, y el hombre natural, en los bienes naturales; mientras que el justo vive en Dios.

Jesucristo tiene dicho: “El que come mi carne y bebe mi sangre mora en mí y yo en él” (Jn 6, 57). Y san Pablo: “Quien está unido con el Señor es con Él un mismo espíritu” (1Co 6, 17).

Se conoce que Dios es centro de un alma cuando la verdad de Dios constituye su alegría, la divina voluntad su dicha y el amor de Dios resulta su inspiración, su gran motor y la virtud por excelencia de toda su vida. Entonces es cuando Dios reina en el alma. “Anima justí, sedes Dei”, (el alma del justo es una morada de Dios), dice san Gregorio.

¿A dónde se dirigen mis pensamientos y deseos y en qué halla gusto mi corazón? ¿Dónde está tu tesoro...



El Sagrado Corazón es el símbolo viviente del amor que llevó a Cristo a instituir la eucaristía.

La devoción al Corazón Eucarístico de Jesús

Busquemos con todo nuestro corazón honrar y amar su Corazón para que así también otros lleguen, por nuestro ejemplo, a amarle y conocerle.

El culto al Corazón Eucarístico de Jesús tiene un carácter propio, que lo distingue del culto al Sagrado Corazón y del culto a la eucaristía.

Esta distinción no se encuentra en la substancia, pues las tres devocio-

nes tienen como finalidad propia el amor de Cristo; pero sí en el modo o enfoque. Y así, algunos puntos a considerar:

-En la devoción al Sagrado Corazón de Jesús se adora el Corazón y



se honra de manera especial el amor de Cristo.

-En la devoción a la eucaristía se adora a Cristo bajo la realidad de su cuerpo y sangre, oculta bajo los accidentes eucarísticos.

-En la devoción al Corazón Eucarístico se adora el amor de Cristo manifestado al instituir la eucaristía, para quedarse con nosotros y dárseos en alimento.

La devoción al Corazón Eucarístico de Jesús es:

-Signo de la caridad de Dios para con el hombre (1 Jn. 3,1)

-Vínculo que une al hombre con Dios (1 Jn. 4,16)

-Sello de la unidad de caridad en que se juntan Dios y los hombres (Col. 3, 11)

-Los discípulos de Emaús reconocen al Señor resucitado “en la fracción del pan”.

En la Hostia Santa que divide el sacerdote y en la Hostia que comulgas reconoce al Corazón de Jesús y prepárate dignamente para recibirlo como premio.

La eucaristía contiene el Corazón de Jesús:

En ella honramos el objeto de esta devoción, que es el corazón real, no las imágenes que le representan.

Si el corazón de Cristo, por una desoladora hipótesis, se encontrase solamente en cielo, la distancia no modificaría la legitimidad del culto.

Pero la fe nos dice que está oculto y

velado en la eucaristía, realmente, amándonos y deseando ser amado.

Allí debemos buscar su Sacratísimo Corazón.

Quiso permanecer muy cerca de nosotros, y se hizo prisionero en los sagrarios.

Jesús desea que le amemos en la eucaristía:

Quiere que en este divino sacramento le amemos, visitemos como amigo y experimentemos mejor los efectos de su amor.

Quiere desde el sagrario ayudarnos en nuestras necesidades.

En la eucaristía como sacrificio -la santa misa- nos proporciona el medio de ofrecer al Padre una reparación infinita por nuestros pecados.

Cómo debemos practicar esta devoción

Honrando al Corazón de Cristo en la eucaristía.

Asistiendo a la misa con agradecimiento, respeto y amor.

Ofreciendo la misa al Padre: En acción de gracias por habernos dado el Sagrado Corazón, tan bueno y amoroso para nosotros; Para que el Sagrado Corazón sea mejor conocido y amado de todo el mundo; En desagravio por las injurias de los hombres a este Corazón Eucarístico.

Modo de adorarle

El modo de adoración que conviene a la humanidad de Jesucristo y a sus



ADORADORES



Sin amor a la eucaristía no se ama al Sagrado Corazón.

diversas partes no es el mismo que le conviene al Verbo de Dios, porque:

-A la persona divina se le adora primariamente y por ella misma.

-A la naturaleza humana, secundariamente y a causa de la divina.

Nosotros adoramos con culto de la-
tría las diversas partes del cuerpo de Cristo, pero secundariamente y por razón de la persona divina a quien están unidas. De esta forma adoramos al Corazón de Jesús oculto en la eucaristía.

**Eucaristía y Sagrado Corazón:
entrañable unión de ambas**

devociones, ¿por qué?

La devoción a la eucaristía ocupa un puesto preeminente dentro de la devoción al Sagrado Corazón.

-Por la eucaristía se comprenden mejor las profundidades del Sagrado Corazón.

-Sin amor a la eucaristía no se ama al Sagrado Corazón.

Si la eucaristía es el sacramento del amor, el corazón es el órgano en que más claramente repercute el amor.

El Sagrado Corazón es el símbolo viviente del amor que llevó a Cristo a instituir la eucaristía. (Fuente: Antonio Royo Marín, "El Corazón De Jesús"/ Adaptación)

Momento eucarístico hecho poesía



Poetas y escritores
cantaron su fe y
ofrecieron sus
palabras para que
nosotros podamos
decirle con ellas al
Señor Sacramentado
cuánto lo amamos.

La mejor hora

Jesús, en el Sagrario
abandonado,
víctima del agravio y del olvido,
contempla, cómo
el mundo enloquecido
camina por las sendas
del pecado.
¡Cuántos Pedros cobardes
le han negado!
¡Cuántos Judas traidores
le han vendido!
¡Y cuántos pecadores son
y han sido
los que abrieron de nuevo
su costado!
¡Alma! siquiera,
tú sé de las fieles
Y con tu amor endúlzale
las hieles
del templo en el recinto
solitario.
Consolar a Jesús
que a solas llora,
no hallarás en tu vida
mejor hora, que aquella
que pasaste ante el Sagrario.
¡Viva Jesús Sacramentado!
¡Viva y de todos
sea muy amado!
Rufino Villalobos

Sol radiante del Sagrario

Yo sé, Jesús,
que en el Sagrario moras,
en vecino perpetuo convertido.
Y que esperas a las almas,
horas y horas,
con la paciencia
del amor sufrido.

Y aunque percibo, a veces,
la valía del regalo,
sin par, de tu presencia,
confieso con pesar que todavía
no es muy grande
en mi vida su influencia.

Yo te ruego, Señor,
que en adelante
seas Tu, en el Sagrario,
el sol radiante
que ilumine mi vida toda entera.

¡Y atráeme como un imán
de modo que siempre
que lo pueda, deje todo
para volar, veloz hasta tu vera!



Santo del mes: 6 de junio, san Norberto

Apóstol de la Eucaristía

San Norberto El defensor de la presencia real de Jesús en la Eucaristía

Fue el fundador de la orden premonstratense de los canónigos regulares, una tarea monumental con las que tuvo que combatir las herejías desenfrenadas, especialmente en relación con el Santísimo Sacramento, revitalizó a muchos de los fieles que se habían vuelto indiferentes y disolutos, además de lograr la paz y la reconciliación entre los enemigos.

Nacido en Alemania, fue un niño recto y de buenos modelos. Al crecer, sólo quería aspirar a los cargos en la corte, y llevó una vida completamente mundana por muchos años.

Repentina conversión

Un día, mientras el tiempo asomaba una gran tempestad, su caballo se asustó y el santo fue arrojado al suelo, quedando inconsciente. Cuando se despertó, empezó a pensar seriamente en la forma en que estaba desperdiciando su vida, y de repente comenzó a sentir a Dios muy de cerca y se dio cuenta de que el Señor le estaba ofreciendo la gracia de cambiar para mejor.

Decidido a tomar la vida más en serio, y volvió a su deseo de ser sacerdote que tuvo en jovencito; y se ordenó sacerdote en 1115.

Trabajó duro para hacer que los de-



más dejaran atrás sus maneras mundanas de vivir. Vendió sus posesiones le dio todo el dinero a los pobres. Llevó una vida de abnegación, dedicándose especialmente a la predicación.

En 1120 fundó la Orden de Premonstratenses (el primer monasterio estaba en Prémontré) y en 1125, fue nombrado arzobispo de Magdeburgo.

Apóstol del Santísimo

Se destacó por su defensa de la fe contra las herejías. Y ello le valió ser



ADORADORES



San Norberto se preparó durante cuarenta días para celebrar su primera misa.

considerado apóstol del Santísimo Sacramento, al refutar a quien negaba la presencia de Cristo en la Eucaristía. Sus hermosas palabras sobre la presencia de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento hicieron regresar a la gente a la fe católica.

Frases del santo para meditar

-“Vamos a recibir a Jesús en la Sagrada Comunión con frecuencia, al menos una vez a la semana. Si sentimos poco amor por las cosas de Dios, Jesús nos calentará con devoción. Si nos sentimos débiles de espíritu, Él

nos hará fuertes. Si nos sentimos tristes, Él nos consolará”.

-“Nunca disfrutarás de la dulzura de una oración tranquila a menos que cierres tu mente a todos los deseos mundanos y asuntos temporales”.

En 1133, él y su gran amigo, san Bernardo, se unieron en una procesión, al ejército del emperador, para escoltar al verdadero Papa, Inocencio II, hasta el Vaticano.

Norberto continuó su trabajo de evangelización con mucho celo y gran valentía, hasta el día de su muerte el 06 de junio 1134. (Fuente: Agencias)